

—¿Vamos á empezar la partida, señora Grandet? dijo la madre de Adolfo.

—Sí, pero ya que estamos todos reunidos podemos hacer dos mesas.

—Ya que es el cumpleaños de Eugenia, podéis hacer una lotería general, y así podrán jugar los dos niños, dijo el antiguo tonelero, que no jugaba nunca á ningún juego, señalando á su hija y á Adolfo. Vamos, Nanón, pon las mesas.

—Vamos á ayudarle á usted, señorita Nanón, dijo alegremente la señora de Grassins, muy satisfecha al ver la alegría que había causado á Eugenia.

—En mi vida he estado más contenta, le dijo la heredera. Nunca he visto cosa más bonita.

—Adolfo lo escogió y lo trajo de Paris, le dijo la señora de Grassins al oído.

—¡Trabaja, trabaja, condenada intrigante! se decía para sus adentros el presidente. ¡Si tú ó tu marido tenéis algún día un pleito, os juro que me las pagaréis!

El notario, sentado en un rincón, miraba al cura con aire tranquilo, diciéndose:

—Los Grassins trabajan en vano, porque mi fortuna, la de mi hermano y la de mi sobrino ascienden á un millón cien mil francos; mientras que ellos poseerán á lo sumo la mitad, y tienen dos hijos. Así, pues, ya pueden ofrecer lo que quieran. Heredera y regalos serán para nosotros algún día.

A las ocho y media de la noche estaban dos mesas preparadas; la bonita señora de Grassins había logrado poner á su hijo al lado de Euge-

nia. Los actores de esta escena, llena de interés, aunque vulgar en apariencia, provistos de abigarrados y cifrados cartones y de chinitas de vidrio azul, parecían escuchar las gracias del anciano notario, que no sacaba un número sin hacer alguna observación; pero todos pensaban en los millones del señor Grandet. Éste contemplaba vanidosamente el fresco tocado de la señora de Grassins, la marcial cabeza del banquero, la de Adolfo, al presidente, al cura y al notario, y se decía para sus adentros:

—Están ahí por mis escudos, y vienen á aburrirse aquí por mi hija. ¡Infelices! mi hija no será ni para unos ni para otros, y ellos me han de servir de anzuelo para pescar.

Aquella alegría de familia en aquel salón antiguo, mal alumbrado por dos velas de sebo; aquellas risas acompañadas del ruido de la rueda de la gran Nanón, y que no eran sinceras más que en los labios de Eugenia ó en los de su madre; aquella pequeñez unida á tan grandes intereses: aquella joven que, semejante á esos pájaros víctimas del elevado precio á que se venden y que ellos ignoran, se veía molestada y zanjada por falsas pruebas de amistad; en una palabra, todo contribuía á hacer aquella escena tristemente cómica. Pero, si bien se mira, ¿no es la escena esta propia de todos los tiempos y de todos los lugares, si bien reducida á su más simple expresión? La figura de Grandet explotando la falsa adhesión de dos familias y sacando enormes beneficios de ellas, era el rasgo característico de este drama. Los gratos sentimientos de la vida no ocupaban allí más que un lugar secun-

dario, y sólo animaban á tres corazones puros el de Nanón, el de Eugenia y el de su madre. Los demás rendían tributo al becerro de oro. Pero ¡cuánta ignorancia encerraba la sencillez de aquéllas! Eugenia y su madre no conocían la fortuna de Grandet, estimaban las cosas de la vida al resplandor de sus pobres ideas y no apreciaban ni despreciaban el dinero, porque estaban acostumbradas á pasar sin él. Sus sentimientos, heridos sin que ellas mismas se dieran cuenta, y la humildad de su vida, constituían curiosas excepciones en aquella reunión de personas cuya existencia era puramente material. ¡Espantosa condición humana! no hay dicha que no provenga de alguna ignorancia. En el momento en que la señora Grandet ganaba un lote de ochenta céntimos, que era el más considerable que se había jugado nunca en aquella casa, un aldabonazo resonó en la puerta, haciendo tanto ruido, que las mujeres saltaron en sus sillas.

—No es de Saumur el que llama de ese modo dijo el notario.

—¡Qué manera de llamar! dijo Nanón. ¿Se querrán echar la puerta abajo?

—¿Qué diablo es eso? exclamó Grandet.

Nanón tomó una de las velas y fué á abrir, acompañada de Grandet.

—¡Grandet! ¡Grandet! exclamó su mujer que, movida por un vago sentimiento de temor, se precipitó hacia la puerta de la sala.

Todos los jugadores se miraron.

—¿Les parece á ustedes que vayamos? dijo el señor de Grassins. Ese albadonazo me da mala espina.

Apenas había dicho estas palabras el señor de Grassins, cuando vió la figura de un joven, acompañado del mozo de la posta, el cual llevaba dos maletas enormes y arrastraba unos sacos de noche. Grandet se volvió bruscamente hacia su mujer, y le dijo:

—Señora Grandet, continúen ustedes jugando, que ya me entenderé yo con el señor.

Y dicho esto cerró la puerta de la sala, donde los jugadores, inquietos, recobraron sus asientos, pero sin continuar el juego.

—¿Es alguno de Saumur, señora de Grassins? preguntó la señora Grandet.

—No, es un viajero.

—A estas horas sólo puede venir de París.

—En efecto, dijo el notario sacando su antiguo reloj de dos dedos de grueso y que parecía una verdadera patata, son las nueve. ¡Diablo! la diligencia oficial no llega nunca tarde.

—Y ¿es joven ese señor? preguntó el abate Cruchot.

—Sí, respondió el señor de Grassins, y trae paquetes que deben pesar lo menos trescientos kilos.

—Y Nanón no viene, dijo Eugenia.

—Debe ser algún pariente de ustedes, dijo el presidente.

—Hagamos las puestas, exclamó en voz baja la señora Grandet. He conocido por la voz que mi marido estaba contrariado, y acaso no le guste que hablemos de sus asuntos.

—Señorita, dijo Adolfo á su vecina, debe ser su primo Grandet, guapo muchacho á quien conocí en el baile del señor de Nucingén.

Adolfo no continuó, porque su madre le dio un pisotón para advertirle que callase, diciéndole después al oído en cuando tuvo ocasión:

—¡Necio! ¿quieres callar?

En este momento, Grandet entró con la gran Nanón, cuyos pasos, unidos á los del mozo de posta, resonaron en las escaleras. El antiguo taxelero iba seguido del viajero que tanto excitaba la curiosidad hacia algunos instantes, que preocupaba tan vivamente á todas las imaginaciones, que su llegada á aquella casa y su caída entre aquella gente sólo puede ser comparada á la de un caracol en una colmena, ó á la introducción de un pavo real en algún corral obscuro de aldea.

—Siéntese usted al lado del fuego, le dijo Grandet.

Antes de sentarse, el joven forastero saludó con mucha gracia á los reunidos. Los hombres se levantaron para responder con una cortés inclinación, y las mujeres hicieron una ceremoniosa reverencia.

—Traerá usted frío, ¿verdad, caballero? dijo la señora Grandet. ¿Viene usted acaso de...?

—¡Diablo de mujeres! dijo el anciano viñero dejando la lectura de una carta que tenía en la mano; ¿no dejaréis descansar á ese señor?

—Pero, papá, acaso necesite algo este joven? dijo Eugenia.

—Ya tiene lengua para pedirlo, respondió severamente el viñero.

El desconocido fué el único á quien sorprendió esta escena, pues los demás estaban acostumbrados á los despóticos modales del avaro.

Esto no obstante, cuando estas dos preguntas y estas dos respuestas fueron cambiadas, el desconocido se levantó, se puso de espaldas al fuego, alzó un pie para calentar la suela de las botas, y dijo á Eugenia:

—Prima mía, le doy á usted las gracias, pero he comido ya en Tours.

Y después, dirigiéndose á Grandet, añadió:

—No necesito nada, ni estoy cansado.

—¿Viene el señor de la capital? le preguntó la señora de Grassins.

Don Carlos, que así se llamaba el hijo del señor Grandet, de París, al oír que le interpelaban, tomó el monóculo que pendía de su cuello mediante una cadena, lo aplicó á su ojo derecho para examinar lo que había sobre la mesa y las personas que estaban sentadas en torno de ella, miró impertinente á la señora de Grassins y le dijo, después de haberlo examinado todo:

—Sí, señora. Pero, tía, añadió, veo que jugaban ustedes á la lotería, y les ruego que no dejen por mí un juego tan divertido.

—Estaba segura de que era el primo, pensaba la señora de Grassins dirigiéndole miradas á hurtadillas.

—¡El cuarenta y siete! gritó el anciano cura. ¡Pero marque usted, señora de Grassins, que tiene usted este número!

El militar colocó una chinita sobre el cartón de su mujer, la cual, agobiada por tristes presentimientos, observó sucesivamente al primo de París y á Eugenia, sin pensar en la lotería. De cuando en cuando, la joven heredera dirigía furtivas miradas á su primo, y la mujer del ban-

quero pudo descubrir fácilmente en ellos un *crecendo* de asombro ó de curiosidad.

Don Carlos Grandet, guapo joven de veintidós años, producía en este momento un singular contraste con los buenos provincianos, á los que les fastidiaban ya sus maneras aristocráticas, procuraban estudiarlas para burlarse luego de él. Esto exige una explicación. A los veintidós años los jóvenes están aún muy fronterizos con la infancia para no dejarse llevar de niñerías; así pues, de cien que se hubiesen encontrado en la situación de Carlos, noventa y nueve hubieran obrado como él. Algunos días antes de la noche en que comienza esta historia, el padre del joven le había dicho que fuese á pasar algunos meses á Saumur á casa de su hermano. El señor Grandet, de París, pensaba, sin duda, en Eugenia. Carlos, que llegaba á provincias por primera vez, quiso presentarse allí con la superioridad de un joven elegante, desesperar á la comarca con su lujo y formar época, importando las invenciones de la vida parisiense. En fin para explicarlo todo en una palabra, quería pasar en Saumur más tiempo que en París limpiándose las uñas, cuidando de su persona y vistiendo con el mayor esplendor. Carlos se llevó, pues, el traje más bonito de caza, la escopeta más bonita y el cuchillo de monte más bonito de París. Se llevó también su más ingeniosa colección de chalecos, en la que los había de color gris, blancos, negros, de color de escarabajo, con reflejos dorados, á rayas, de cuello sencillo, de cuello vuelto, cruzados, cerrados y con botones de oro. Se llevó también todas las variedades de

cuellos y corbatas que estaban de moda á la sazón, dos levitas de Buisson y su ropa blanca más fina, un neceser de oro, regalo de su madre, y todos los cachivaches de petimetre, sin olvidar una admirable escribanía, regalo de la más amable de las mujeres, para él, al menos, de una gran señora que se llamaba Anita y que viajaba marital y aburridamente por Escocia, víctima de algunas sospechas por las que tuvo que sacrificar momentáneamente su dicha. Como es natural, no se olvidó tampoco de llevar papel perfumado para escribirle una carta cada quince días. En una palabra, que su equipaje consistía en un cargamento completo de futilidades parisienses, donde, desde el látigo que sirve para comenzar un duelo, hasta las hermosas pistolas grabadas á cincel, se encontraban todos los instrumentos aratorios de que se sirve un joven ocioso para laborear alegremente la vida. Como su padre le hubiese dicho que viajase solo y modestamente, Carlos había tomado para sí solo el cupé de la diligencia, muy satisfecho de no estropear un hermoso coche de viaje que había encargado para salir al encuentro de su Anita, la gran dama que... etc., y á la cual debía unirse en julio próximo en las aguas de Baden. Carlos contaba encontrar cien personas en casa de su tío, cazar á caballo en sus bosques y hacer, en fin, vida de campo, y como no supiese que estaba en Saumur, lo primero que hizo al llegar fué preguntar por el camino de Froidfond; pero, al saber que su tío vivía en la villa, creyó que viviría en un gran palacio, y, á fin de hacer una entrada conveniente en casa de su tío, ya estu-

viese en Saumur, ó ya en Froidfond, se habia puesto un traje de viaje de la manera más sencilla y más adorable que puede vestirse un hombre. En Tours acababa de cambiarse de ropa interior y de ponerse una corbata de satín negro con un cuello bajo que sentaba admirablemente á su blanca y risueña cara, y un peluquero le habia rizado sus hermosos cabellos castaños. Una levita de viaje medio abrochada le dibujaba el talle y dejaba ver un chaleco de cachemira bajo el cual llevaba un segundo chaleco, blanco. Su reloj, metido negligentemente en uno de los bolsillos de su chaleco, iba unido á un ojal mediante una corta cadena de oro. Su pantalón gris se abotonaba á los lados, cuyas costuras estaban adornadas con dibujos bordados de seda negra. El joven manejaba graciosamente un bastón cuyo puño de oro no alteraba la limpieza de sus guantes grises. Finalmente, su gorra era de exquisito gusto. Sólo un parisiense de la esfera más elevada podía vestirse de este modo sin parecer ridículo y comunicar cierta armónica fatuidad á todas estas futilidades, fatuidad que estaba sostenida, por otra parte, con aire arrogante, con el aire de un joven que tiene hermosas pistolas, ojo certero y una Anita. Ahora, si queréis comprender bien la sorpresa respectiva de los habitantes de Saumur y del joven parisiense, y ver perfectamente lo mucho que brillaba la elegancia del viajero en medio de las sombras grises de la sala y de las figuras que componian este cuadro de familia, procurad representaros á los Cruchot. Los tres tomaban rapé, y hacia ya tiempo que no se cuidaban de que no les cayese

el moco, ni de evitar las manchitas en la pechera de sus camisas rojizas, de cuellos abarquillados y de amarillentos pliegues. Sus arrugadas corbatas se arrollaban en forma de cuerda tan pronto como se las ponían al cuello. La enorme cantidad de ropa blanca que tenían y que les permitía no hacer colada más que cada seis meses y conservarla en el fondo de sus baúles y armarios, dejaba que el tiempo imprimiese en ella sus tintes grisáceos y oscuros. En estos objetos existía una perfecta armonía entre su repugnancia y su vejez. Sus caras, tan ajadas como raídas estaban sus ropas, y tan llenas de arrugas como sus pantalones, parecían estar gastadas y apergaminadas y gesticular. La negligencia general de los demás vestidos, incompletos todos y viejos, como suelen serlo en provincias, donde se llega insensiblemente á dejar de vestirse los unos por los otros y á fijarse en un par de guantes, estaba en perfecta armonía con la apatía de los Cruchot. El horror á la moda era el único punto en que los grassinistas y los cruchotistas se entendían perfectamente. El parisiense tomaba su monóculo para examinar los singulares accesorios de la sala, las vigas del techo, el color de las maderas (donde las moscas habían impreso tal número de puntos, que hubieran bastado para puntuar la *Enciclopedia metódica* y el *Monitor*) tan pronto como los jugadores de la lotería levantaban la cabeza y le examinaban con tanta curiosidad como si fuese una girafa. El señor de Grassins y su hijo, para quienes no era desconocida la figura de un hombre á la moda, no dejaron de asociarse al asombro de sus veci-

nos, ya porque experimentasen la indefinible influencia de un sentimiento general, ó ya porque lo aprobasen diciendo á sus compatriotas, mediante miradas llenas de ironía: «¡He aquí lo que son los parisienses!» Por otra parte, todos podían observar á su gusto á Carlos sin temor á desagradar al dueño de la casa. Grandet estaba entretenido en la lectura de la carta que acababa de recibir, y había tomado para leerla la única vela que había sobre la mesa, sin preocuparse de sus huéspedes ni de su lotería. Eugenia, que desconocía el tipo de una perfección semejante, creyó ver en su primo una criatura bajada de alguna región seráfica, aspiraba con delicia los perfumes que exhalaba aquella cabellera tan brillante y tan graciosamente rizada y hubiera querido tocar la piel blanca de aquellos guantes tan hermosos y tan finos. La joven envidiaba á Carlos sus pequeñas manos, su tez y la frescura y delicadeza de sus facciones. En una palabra, si esta imagen puede resumir las impresiones que el hombre elegante produce en una joven ignorante, ocupada sin cesar en reparar medias, en remendar la ropa de su padre y cuya vida había transcurrido en aquella sombría casa, sin ver pasar por su silenciosa calle más que un transeunte por hora, la presencia de su primo hizo surgir en su corazón las emociones de fina voluptuosidad que causan á un joven las fantásticas figuras de las mujeres dibujadas por Westall en los álbums ingleses, y grabadas á buril por los Finden con tanta habilidad, que llega á temerse que, soplando sobre el cartón, lleguen á borrarse aquellas apariciones celestes. Carlos

sacó del bolsillo un pañuelo bordado por la gran dama que viajaba por Escocia. Al ver aquella bonita obra hecha con amor durante las horas perdidas para el amor, Eugenia miró á su primo para ver si iba en realidad á servirse de él. Los modales, sus gestos, la manera como manejaba su monóculo, su impertinencia afectada, su desprecio por el cofrecito que acababa de causar tanto placer á la rica heredera, y que él encontraba, indudablemente, sin valor ó ridículo; en una palabra, todo lo que chocaba á los Cruchot ó á los Grassins le agradaba á ella tanto, que, antes de dormirse, debió pensar mucho tiempo en aquel fénix de los primos.

Los números se sacaban con mucha lentitud; pero la lotería no tardó en acabar.

Después la gran Nanón entró y dijo:

—Señora, tendrá usted que darme sábanas para hacer la cama á ese señor.

La señora Grandet siguió á Nanón, y entonces la señora de Grassins dijo en voz baja:

—Vale más que guardemos el dinero y que dejemos el juego.

Y acto continuo cada uno cogió sus diez céntimos del platito, reuniéndose después la asamblea para conversar en torno del fuego.

—¿Han acabado ustedes ya? dijo Grandet sin dejar la carta.

—Sí, sí, dijo la señora de Grassins yendo á sentarse al lado de Carlos.

Eugenia, movida por uno de esos pensamientos que nacen en el corazón de las jóvenes cuando un sentimiento se alberga en él por primera vez, dejó la sala para ir á ayudar á su madre y

á Nanón. Si la joven hubiera sido interrogada en este momento por un confesor hábil, sin duda hubiera declarado que al dar aquel paso no lo hacía por su madre ni por Nanón, sino movida por el punzante deseo de inspeccionar el cuarto de su primo para ocuparse allí de él, para arreglarle algo, para obviar cualquier olvido, para preverlo todo, para ponerlo, en fin, lo más elegante y limpio posible. Eugenia se creía ya la única capaz de comprender los gustos y las ideas de su primo. Y en efecto, llegó, afortunadamente, para probar á su madre y á Nanón que todo estaba por hacer, cuando ellas volvían creyendo que estaba todo hecho. Eugenia advirtió á la gran Nanón que debía calentar las sábanas con el calentador, cubrió la mesa con un mantel, y recomendó á Nanón que lo cambiase todas las mañanas. Convenció á su madre de la necesidad de encender un buen fuego en la chimenea y determinó á Nanón á subir, sin decir nada á su padre, un gran montón de leña del corredor. Corrió á buscar, á uno de los rincones de la sala, una bandeja de laca, que provenía de la herencia del difunto señor de la Bertelliere, tomó asimismo una copa y una cucharita desdorada y lo puso triunfalmente todo en un rincón de la chimenea. Eugenia había tenido más ideas en aquel cuarto de hora que en toda su vida.

—Mamá, mi primo no podrá soportar el olor de una vela de sebo. ¿Si comprásemos una bujía...?

Y esto diciendo, se fué, ligera como un pájaro á buscar los cinco francos que había recibido para los gastos del mes, para decirle á Nanón:

—Toma, Nanón, corre.

—Pero ¿qué dirá tu padre, y de dónde sacarás el azúcar? ¿Estás loca?

Esta terrible objeccion fué hecha por la señora Grandet al ver á su hija armada de una vieja azucarera de Sevres que el señor Grandet había traído del castillo de Froidfond.

—Mamá, Nanón comprará el azúcar al mismo tiempo que la bujía.

—Pero ¿y tu padre?

—¿Te parece que está bien que su sobrino pueda beber un vaso de agua con azúcar? Además, papá no se fijará.

—Tu padre se fija en todo, dijo la señora Grandet moviendo la cabeza.

Nanón dudaba porque conocía á su amo.

—Bueno, hoy es mi cumpleaños; anda, corre, Nanón.

Ésta soltó una carcajada al oír la primera broma que su ama se había permitido en su vida, y la obedeció. Mientras que Eugenia y su madre se esforzaban por embellecer el cuarto que el señor Grandet destinaba á su sobrino, Carlos era objeto de las atenciones de la señora de Grassins, que le prodigaba mil halagos.

—Señor, ya se necesita valor para dejar los placeres de la capital durante el invierno y venir á vivir á Saumur, le dijo. Pero, si no le causamos á usted miedo, ya verá que también aquí se puede uno divertir.

Y al mismo tiempo que le decía esto, le dirigió una de esas miradas de provincias donde, por costumbre, las mujeres miran con tanta reserva y prudencia, que comunican á sus ojos

la delicada concupiscencia propia de los eclesiásticos, para quienes todo placer es un robo ó una falta. Carlos se encontraba tan extrañado en aquella sala, tan lejos del vasto castillo y de la fastuosa existencia que suponía á su tío, que mirando á la señora de Grassins, vió al fin en ella una imagen pálida de las figuras parisienses. respondió con gracia á la especie de demostración que le había sido dirigida y, como es natural, entabló una especie de conversación en la que la señora de Grassins fué bajando gradualmente la voz para ponerla en armonía con la naturaleza de sus confidencias. Lo mismo ella que Carlos sentían una viva necesidad de confianza; de modo que, después de algunos momentos de alegre charla, la diestra provinciana pudo decirle, sin creer ser escuchada por las demás personas que hablaban de la venta de vinos, que era el asunto que ocupaba á la sazón á todo Saumur:

—Señor, si quiere usted hacernos el honor de venir á vernos, nos causará un gran placer lo mismo á mi marido que á mí. Nuestro salón es el único en Saumur donde encontrará usted reunidos el alto comercio y la nobleza: nosotros pertenecemos á las dos sociedades, que sólo quieren encontrarse en nuestra casa porque únicamente allí se divierten. Mi marido, y esto lo digo con orgullo, es tan considerado por los unos como por los otros. Ya procuraremos distraerle mientras permanezca usted aquí. Si se queda en casa del señor Grandet, ¿qué va á ser de usted, Dios mío? Su tío es un avaro que no piensa más que en el dinero, su tía es

una devota que no sabe enlazar dos ideas, y su prima es una tontuela sin educación, ordinaria, sin dote, y que pasa la vida remendando rodilleras.

—Es simpática esta mujer, se dijo para sus adentros Carlos Grandet, respondiendo así á los halagos de la señora de Grassins.

—Amiga mía, me parece que quieres conquistar á ese señor, dijo riéndose el alto y gordo banquero.

Al oír esta observación, el notario y el presidente dijeron algunas frases maliciosas; pero el cura les miró con aire astuto y resumió sus pensamientos tomando un polvo de tabaco y ofreciendo su tabaquera á todo el mundo, al mismo tiempo que decía:

—¿Quién mejor que la señora para hacer los honores de Saumur á este caballero?

—¡Eh! ¿cómo se entiende eso, señor cura? preguntó el señor de Grassins.

—Señor mío, se entiende en el sentido más favorable para usted, para la señora, para la villa de Saumur y para este caballero, añadió el astuto anciano volviéndose hacia Carlos.

Aunque parecía que no había prestado la menor atención, el abate Cruchot supo adivinar la conversación de Carlos y de la señora de Grassins.

—Señor, dijo por fin Adolfo á Carlos, esforzándose para hablar con desenvoltura; no sé si conservará usted recuerdo de mí: yo tuve el gusto de hablar con usted en un baile que dió el señor barón de Nucingén y...

—Sí, sí, caballero, me acuerdo perfectamente,

respondió Carlos sorprendido al ver que era el objeto de las atenciones de todo el mundo. ¿Hijo de usted este joven? preguntó después á la señora de Grassins.

El cura miró maliciosamente á la madre.

—Sí, señor, respondió ésta.

—Le enviaron á usted muy joven á París, ¿no es así? preguntó el cura. ¿Puso Carlos dirigiéndose á Adolfo.

—¡Qué quiere usted, señor! dijo el cura; aquí los enviamos á Babilonia tan pronto como están destetados.

La señora de Grassins interrogó al cura dirigiéndole una mirada de asombrosa profundidad.

—Hay que venir á provincias para encontrar mujeres de treinta y tantos años tan frescas como está la señora, después de haber tenido hijos que están próximos á licenciarse en derecho, continuó el cura. Me parece aún que fue ayer cuando los jóvenes y las damas se subían en las sillas para verla á usted bailar, señora, añadió el cura volviéndose hacia su adversario hermano. Para mí, los éxitos de usted están frescos aún.

—¡Ah! ¡viejo maldito! se dijo para sus adentros la señora de Grassins, ¿habrá adivinado lo que pienso?

—Me parece que tendré mucho éxito en Samur, se decía Carlos desabrochándose la levita y poniéndose la mano en el bolsillo del chaleco y fijando sus miradas en el espacio para imitar la postura atribuida por Chantrey á lord Byron.

La falta de atención del padre Grandet, ó, mejor dicho, la preocupación en que le tenía sumido la lectura de la carta, no pasó desaperc-

cebida para el notario ni para el presidente, los cuales procuraban deducir su contenido por los imperceptibles movimientos de la cara de Grandet, que estaba á la sazón muy iluminada por la vela. El viñero mantenía con dificultad la acostumbrada tranquilidad de su fisonomía. Por otra parte, cualquiera puede imaginarse la actitud afectada por este hombre al leer la fatal carta que va á continuación:

«Hermano mío: Pronto va á hacer veintitrés años que no nos hemos visto. Mi casamiento fué el motivo de nuestra última entrevista, después de la cual nos separamos uno de otro alegremente. A decir verdad, yo no podía sospechar nunca que tú hubieses de ser un día el sostén de la familia, por cuya prosperidad te interesabas tanto en aquella época. Cuando recibas esta carta, yo ya no existiré. En la situación en que me encuentro, no quiero sobrevivir á la vergüenza de una quiebra. Me he mantenido al borde del abismo hasta el último momento, esperando poder sostenerme; pero no hay remedio, es preciso caer. Las quiebras reunidas de mi agente de Bolsa y de Roguín, mi notario, se llevan mis últimos recursos y me dejan en la miseria. Tengo el dolor de deber cuatro millones, sin poder ofrecer más que el veinticinco por ciento de activo. Mis vinos almacenados experimentan en este momento la ruinosa baja que causan la abundancia y la calidad de vuestras cosechas. Dentro de tres días París dirá: «¡El señor Grandet era un bribón!» y yo, probo, habré de quedar cubierto con un sudario de infa-

mía. Arrebato á mi hijo su nombre honrado y fortuna de su madre. Ese idolatrado hijo á quien adoro, no sabe nada aún. Nos hemos perdido tiernamente. Por fortuna, él ignora que aquel adiós era el último de su padre. Hermano mío, hermana mío, la maldición de nuestros hijos es espantosa; ellos pueden apelar de la nuestra, pero la nuestra es irrevocable. Grandet, tú eres mi hermano mayor, y, como tal, me debes protección: que Carlos no pronuncie ninguna palabra amarga sobre mi tumba. Hermano mío, si te escribiera con mi sangre y con mis lágrimas, esta carta encerraría tantos dolores como encierra, porque lloraría, sangraria, estaría muerto y no sufriría ya; mientras que ahora sufro y miro la muerte con mirada serena. Hete ya, pues, constituido en padre de Carlos, el cual ya sabes que no tiene parientes por la línea materna. ¿Por qué no obedecido á las preocupaciones sociales? ¿Por qué me he casado con la hija natural de un gran señor? Carlos no tiene más familia que tú. ¡Oh hijo mío! ¡desgraciado hijo mío! Escucha, Grandet, no imploro nada para mí, pues, por otra parte, creo que tus bienes no son bastante considerables para soportar una hipoteca de tres millones. Pero te pido protección para mi hijo. Sábelo bien, hermano mío, mis manos suplicantes se han elevado al cielo al pensar en ti. Grandet, te confío á Carlos al morir, y contemplo mis pistolas sin dolor pensando que tú le servirás de padre. Carlos me quería mucho porque yo era bueno para él y no le contradecía nunca; así que espero que no me maldecirá. Por otra parte, tú

mismo lo verás: es cariñoso y bueno, se parece á su madre y no te dará nunca un disgusto. ¡Pobre hijo mío! Acostumbrado á los goces del lujo, no conoce ninguna de las privaciones á que tú y á mí nos condenó nuestra primera miseria... Y hele ya arruinado, solo. Sí, todos mis amigos huirán de él, y yo seré la causa de sus humillaciones. ¡Ah! ¡quisiera tener valor bastante para enviarle á los cielos al lado de su madre! ¡Locura!... vuelvo á hablarte de mi desgracia y de la de Carlos. Te lo he enviado para que le comuniques convenientemente mi muerte y la suerte que le espera. Sé un padre para él, pero un buen padre. No lo saques de pronto de su vida ociosa, porque lo matarías. Pídele de rodillas que renuncie á los créditos que en calidad de heredero de su madre podría exigir de mí. Pero este ruego me parece inútil porque Carlos es hombre de honor y comprenderá que no debe unirse á mis acreedores. Hazle renunciar á mi herencia en tiempo oportuno. Revélale las duras condiciones que yo le deparo, y si sigue teniendo dome cariño, dile en mi nombre que no todo se ha perdido para él. Dile que el trabajo, que nos ha salvado á los dos, puede devolverle la fortuna de que yo le privo, y, si quiere escuchar la voz de su padre, que quisiera salir un momento de la tumba, que se vaya, que emigre á las Indias. Hermano mío, Carlos es un joven honrado y valeroso: prepárale una pacotilla, que yo estoy seguro que él se moriría antes de dejar de devolverte la cantidad que le prestes, pues tú le prestarás lo que necesite, á menos que no quieras crearte remordimientos. ¡Ah! si mi hijo no en-

contrara protección ni cariño. en ti, yo pedí venganza á Dios por tu dureza. Si yo hubiera podido salvar alguna cantidad, tenía perfecto derecho á entregarle una parte á cuenta de los bienes de su madre; pero los pagos de fin de mes agotaron todos mis recursos. Yo no hubiera querido morir en la duda acerca de la suerte de mi hijo y hubiera deseado sentir santas promesas en tus labios que me hubieran consolado; pero me falta el tiempo. Mientras que Carlos viaja yo me veo obligado á hacer el balance. Procuré probar, con la buena fe con que he obrado siempre en mis negocios, que mis desastres no han sido originados por culpa mía ni por falta de probidad. ¿No equivale esto á ocuparme de Carlos? Adiós, hermano mío. Que todas las bendiciones de Dios caigan sobre ti por la generosa tutela que te confío y que no dudo que aceptas. No olvides que una voz rogará por ti sin cesar en el mundo en que tenemos que reunirnos todos un día y en donde está ya

»VÍCTOR ÁNGEL GUILLERMO GRANDET.»

—¿Están ustedes charlando? dijo el padre Grandet doblando la carta como estaba y metiéndosela en el bolsillo del chaleco. ¿Se ha calentado usted? añadió mirando á su sobrino con aire humilde y tímido, bajo el cual ocultó sus emociones y sus cálculos.

—Sí, querido tío.

—¿Dónde están las mujeres? dijo el tío olvidado ya que su sobrino tenía que dormir en su casa.

En este momento se presentaron Eugenia y la señora Grandet.

—¿Está ya todo arreglado? les preguntó el buen hombre recobrando su calma.

—Sí, papá.

—Pues bien, sobrino mío, si está usted cansado, Nanón le acompañará á su cuarto. ¡Qué diantre! no será una habitación de pisaverde, pero ya dispensará usted á un pobre viñero que no ha tenido nunca un céntimo; los impuestos se lo llevan todo.

—Grandet, no queremos ser indiscretos, dijo el banquero. Usted tendrá que hablar con su sobrino, y, por lo tanto, nosotros nos marchamos. ¡Hasta mañana!

Dichas estas palabras, la asamblea se levantó, y cada uno se despidió según su carácter. El anciano notario fué á buscar á la puerta su linterna y se volvió á encenderla, ofreciéndose á los Grassins para acompañarlos. La señora de Grassins no había previsto este incidente que había de poner prematuro término á la velada, y su criado no había llegado aún.

—Señora, ¿quiere usted hacerme el honor de aceptar mi brazo? dijo el abate Cruchot á la señora de Grassins.

—Gracias, señor cura, ya tengo aquí á mi hijo, le respondió ella secamente.

—No olvide usted que las damas no se comprometen conmigo, dijo el cura.

—Mujer, ¿por qué no das el brazo al señor cura? dijo el marido.

El cura ofreció el brazo á la señora de Grassins y procuró anticiparse algunos pasos á la caravana.

—Señora, es guapo ese joven, le dijo estre-

chándole el brazo. Adiós nuestro dinero. Ahora tendrá usted que renunciar á la señorita Grandet; Eugenia será para el parisiense. A menos que su primo no se haya enamorado de algun parisiense, su hijo Adolfo va á tener en él el valor más...

—Deje usted, deje usted, señor cura, ese joven no tardará en ver que su prima es una tonterueta, una muchacha sin principios. ¿Se ha fijado usted? Esta noche estaba amarilla como un membrillo.

—¿Le ha hecho usted ya observar eso al primo?

—No me he tomado esa molestia.

—Señora, póngase usted siempre al lado de Eugenia y no tendrá usted que decir gran cosa á ese joven contra su prima; él mismo hará una comparación que...

—En primer lugar, me ha prometido venir á comer á mi casa pasado mañana.

—¡Ah! señora, si usted quisiera... dijo el cura.

—¿Qué quiere usted que yo quiera, señor mío? ¿Intenta usted darme malos consejos? Yo no he llegado á la edad de treinta y nueve años con una reputación sin tacha, á Dios gracias para comprometerla aunque se tratase del imperio del gran Mogol. Lo mismo usted que yo estamos en una edad en que ya se conoce el valor de las palabras. Para ser eclesiástico, tiene usted ideas muy inconvenientes. ¡Diablo! eso es digno de *Faublas*.

—¿Ha leído usted á *Faublas*?

—No, señor cura, quería decir las *Uniones peligrosas*.

—¡Ah! ese libro es mucho más moral, dijo el

cura riéndose. Pero usted me cree tan perverso como un joven del día. Quería sencillamente aconsejarle...

—Atrévase á decir que no iba á aconsejarme cosas feas. ¡Si está más claro que el agua! Si ese joven, que convengo que es muy guapo, me hiciera la corte, ya no pensaría en su prima. Yo sé que en París algunas buenas madres se sacrifican de este modo por la dicha y la fortuna de sus hijos; pero aquí estamos en provincias, señor cura.

—Sí, señora.

—Y ni yo ni Adolfo queríamos cien millones comprados á ese precio.

—Señora, yo no he hablado de cien millones. La tentación podría ser superior á nuestras fuerzas. Únicamente creo que una mujer honrada puede permitirse pequeñas coqueterías sin consecuencia que forman parte de sus deberes de sociedad, y que...

—¿Lo cree usted así?

—Señora, ¿no debemos procurar agradarnos los unos á los otros?... Permítame usted que me suene. Señora, le aseguro, repuso, que ese joven le miraba á usted con expresión más halagüeña que á mí; pero yo le perdono el que tenga preferencia por honrar á la belleza que á la vejez.

—Es claro, decía el presidente con su recia voz, que el señor Grandet envía á su hijo á Saumur con intenciones matrimoniales...

—Pero entonces el primo no hubiera caído aquí como una bomba.

—Eso no quiere decir nada, dijo el señor de

Grassins, pues ya saben ustedes que el viejo Grandet es muy misterioso.

—Grassins, ¿ya sabes que he invitado á comer á ese joven? Tendrás que ir á avisar á los señores de Larsonniere y á los Hautoy, en unión de la señorita Hautoy, por supuesto. ¡Con tal que ella se componga bien ese día! pues su madre, por celos, no la deja componerse mucho. Señores, espero que me harán ustedes el honor de venir, añadió deteniendo el cortejo para volverse hacia los dos Cruchot.

—Señora, ya está usted en su casa, dijo el notario.

Después de haber saludado á los tres Grassins, los tres Cruchot se volvieron á su casa, sirviéndose de ese genio analítico que poseen todos los provincianos para estudiar desde todos los puntos de vista el gran acontecimiento de aquella noche, que cambiaba las respectivas posiciones de los cruchotistas y de los grassinistas. El admirable buen sentido que presidía las acciones de aquellos grandes especuladores, les hizo comprender la necesidad de una alianza momentánea contra el enemigo común. ¿No tenían que impedir mutuamente que Eugenia amase á su primo, y que éste pensase en su prima? ¿Podría resistir el parisiense á las pérfidas insinuaciones, á las melosas calumnias y á las halagüeñas maledicciones que iban á pulular constantemente en torno suyo para engañarle?

Cuando los cuatro parientes se encontraron solos en la sala, el señor Grandet dijo á su sobrino:

—Hay que acostarse, es demasiado tarde para

hablar de los asuntos que le traen á usted aquí. Mañana escogeremos un momento conveniente. Aquí almorzamos á las ocho. Al mediodía, tomamos un poco de pan con fruta y bebemos un vaso de vino blanco, y después comemos, como los parisienses, á las cinco: estas son nuestras costumbres. Si quiere usted ver la villa ó los alrededores, estará usted libre como el aire, y me dispensará si mis negocios no me permiten acompañarle siempre. Acaso oirá usted aquí decir á todos que soy rico: el señor Grandet por aquí, el señor Grandet por allá. Yo les dejo decir, porque sus charlas no perjudican á mi crédito; pero sepa usted que no tengo un céntimo, y que á mi edad trabajo como el que tiene por único bien una mala garlopa y dos buenos brazos. Tal vez usted mismo no tarde en ver lo que cuesta un escudo cuando hay que sudarlo. Vamos, Nanón, las velas.

—Sobrino mío, espero que encontrará usted todo lo que necesita; pero, caso de que le faltase algo, puede llamar á Nanón.

—Tía, me parece que no necesitaré nada, porque he traído conmigo todo lo que necesitaba. Conque buenas noches, tía. Que usted descanse, prima mía.

Carlos tomó de manos de Nanón una bujía encendida, una bujía de Anjou, tan amarilla, tan vieja y tan semejante á la vela de sebo, que el señor Grandet, incapaz de sospechar su existencia en la casa, no se apercibió de aquella magnificencia.

—Voy á enseñarle á usted el camino, dijo Grandet á Carlos.

En lugar de salir por la puerta de la sala que daba á la bóveda, Grandet tuvo la finura de ir por el pasillo que separaba la sala de la cocina. Una puerta vidriera cerraba aquel pasillo por la parte de la escalera, á fin de evitar el frío que entraba por ella. Pero en invierno la brisa no dejaba de penetrar por allí, y, á pesar de los rodets que tapaban las junturas de las puertas de la sala, apenas se mantenía el calor en ella á un grado conveniente. Nanón fué á echar los cerrojos de la puerta de entrada, cerró la sala y desató á un perro cuya voz estaba cascada como si padeciese una laringitis. Aquel animal, dotado de enorme ferocidad, sólo conocía á Nanón. Aquellas dos criaturas campestres se entendían. Cuando Carlos vió las paredes amarillentas y ahumadas de la caja de la escalera que temblaba bajo el pesado paso de su tío, su desilusión se fué *rinforzando*. El joven se creía en un gallinero. Su tía y su prima, hacia las cuales se volvió para examinar sus rostros, encontraban tan natural aquella escalera, que, no comprendiendo la causa del asombro de Carlos, lo tomaron por una expresión amistosa, y respondieron á ella con una sonrisa agradable que le desesperó.

—¿Para qué demonio me enviará aquí mi padre? se decía.

Al llegar al primer descansillo, vió tres puertas pintadas de rojo sin jambas ni dintel, puertas perdidas en la polvorienta pared y provistas de flejes de hierro con pernos aparentes. La puerta que se encontraba en lo alto de la escalera y que daba entrada á la habitación situada encima de la cocina, estaba evidentemente tapiada. En

efecto, sólo se podía penetrar en ella por el cuarto de Grandet, á quien esta pieza servía de despacho. La única ventana por donde penetraba la luz daba al patio y estaba provista de una enorme reja de hierro. Nadie, ni aun la señora Grandet, tenía permiso para entrar allí: el buen hombre quería permanecer solo en aquel antro como un alquimista en su laboratorio. Allí tenía, sin duda, Grandet algún escondite hábilmente practicado, allí se almacenaban los títulos de propiedad, allí pendían las balanzas para pesar luses, allí se hacían todas las noches, y en secreto, las cartas de pago, los recibos y los cálculos; de manera que los negociantes, al ver siempre á Grandet al corriente en sus negocios, podían imaginar que este hombre tenía á sus órdenes alguna hada ó algún demonio. Allí, sin duda, cuando Nanón roncaba hasta hacer temblar las paredes, cuando el perro guardián velaba y bostezaba en el patio, y cuando la señora y la señorita Grandet estaban bien dormidas, iba el antiguo tonelero á mimar, acariciar, empollar y contar su oro. Las paredes eran muy gruesas y las contraventanas muy sólidas. Él sólo tenía la llave de aquel laboratorio, donde, según se decía, consultaba los planos de sus terrenos y donde calculaba el importe de sus cosechas, sin equivocarse en gran cosa. La entrada del cuarto de Eugenia está enfrente de aquella puerta tapiada, y, al extremo del descansillo, estaba la habitación de los dos esposos, que ocupaba toda la parte delantera de la casa. La señora Grandet tenía un cuarto contiguo al de Eugenia, en el que se entraba por una puerta vidriera. El

cuarto de Grandet estaba separado del de su mujer por un tabique, y del gabinete misterioso por un grueso muro. El avaro había albergado á su sobrino en el segundo piso, en la espaciosa buhardilla situada encima de su cuarto, á fin de poder oírle si le daba el capricho de pasearse por el cuarto. Cuando Eugenia y su madre llegaron al descansillo, se dieron el beso de despedida, y después de haber dado las buenas noches á Carlos con palabras frías en apariencia, pero ardientes en el corazón de la joven, las dos mujeres entraron en sus respectivos cuartos.

—Ya está usted en su habitación, sobrino mío, dijo Grandet á Carlos abriendo la puerta. Si necesita usted salir, llame á Nanón ó á mí, pues de otro modo el perro le mordería sin avisarle. Buenas noches, que usted descanse. ¡Ah! ¡ah! esas mujeres le han hecho fuego, repuso al mismo tiempo que aparecía Nanón provista de un calentador. Mira esta otra, dijo el señor Grandet. ¿Cree usted que mi sobrino es una recién parida? ¡Lárguese usted de aquí con eso, Nanón!

—Señor, es que las sábanas están húmedas, y este señorito es delicado como una mujer.

—Vamos, hazlo, ya que te empeñas, dijo Grandet empujándola; pero guárdate de volver á encender el fuego, añadió el avaro marchándose refunfuñando.

Carlos quedó estupefacto en medio de sus maletas, y después de fijar sus ojos en las paredes de un cuarto cubierto de ese papel amarillo con ramos de flores que se usa en los ventorrillos, en una chimenea de piedra cuya sola presencia daba frío, en las sillas de madera amarilla, en

una mesa de noche abierta de enorme tamaño y en la estera colocada al pie de una cama con pabellón, cuyos cortinajes, apolillados, temblaban como si fuesen á caer, miró seriamente á Nanón, y le dijo:

—Pero, hija mía, ¿estoy en realidad en casa del señor Grandet, del antiguo alcalde de Saumur, hermano del señor Grandet, de París?

—Sí, señorito, está usted en casa de un amable, caritativo y perfecto caballero. ¿Quiere usted que le ayude á desatar las maletas?

—¡Ya lo creo, veterano! ¿No ha servido usted en la marina de la guardia imperial?

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! dijo Nanón, ¡qué cosas tiene usted! ¡en los marinos de la guardia imperial! ¿No hay que ir por el agua?

—Mire usted, sáqueme mi bata de casa que está en aquella maleta. Aquí tiene usted la llave.

Nanón quedó maravillada al ver una bata de casa de seda verde con flores doradas y dibujos antiguos.

—¿Va usted á ponerse eso antes de acostarse? le preguntó.

—Sí.

—¡Virgen santa! ¡qué tela más hermosa para el altar de la parroquia! Pero, señorito, dé usted esto á la iglesia, y salvará su alma; mientras que llevándolo, la perderá. ¡Oh! ¡qué guapo está usted con ella! Voy á llamar á la señorita para que le vea.

—Vamos, Nanón, ¿quiere usted callar? Deje usted que me acueste. Mañana arreglaré mis asuntos, y si mi bata le gusta á usted tanto, yo le salvaré el alma. Soy demasiado buen cristiano

para negársela á usted cuando me marche, y entonces podrá usted hacer de ella lo que quiera.

Nanón quedó plantada sobre sus pies contemplando á Carlos y sin poder dar fe á sus palabras.

—¡Darme esa hermosa bata! dijo al marcharse. Vaya, ese señor sueña ya. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, Nanón! ¿Qué habré venido á hacer aquí? se dijo Carlos durmiéndose. Mi padre no es tonto, y este viaje debe tener algún objeto. ¡Psch! dejemos los asuntos serios para mañana, como decía no sé qué zoquete griego.

—¡Virgen santa! ¡qué guapo es mi primo! se dijo Eugenia interrumpiendo sus oraciones, que aquella noche no fueron acabadas.

La señora Grandet no tuvo pensamiento alguno al acostarse. La pobre mártir oía, por la puerta de comunicación que había en medio del tabique, al avaro que se paseaba á lo largo de su cuarto. Como todas las mujeres tímidas, ella había estudiado el carácter de su señor. Como la gaviota prevé la tempestad, la pobre mujer había sentido, por signos imperceptibles, la tempestad interior que agitaba á Grandet, y, como ella solía decir, se hacía la muerta. Grandet contemplaba la puerta forrada interiormente de hierro que había hecho colocar en su despacho, y se decía:

—¿Qué idea le ha dado á mi hermano de legarme á su hijo? ¡Bonita herencia! Yo que no puedo dar ni veinte escudos. Pero ¿qué son veinte escudos para ese petimetre?

Pensando en las consecuencias de aquel testamento de dolor, Grandet estaba más agitado que

su hermano en el momento que lo había escrito.

—¿Me regalará aquella bata de oro? se decía Nanón, que se durmió pensando por la primera vez en su vida en flores, en tapices y en damascos, como Eugenia soñó en el amor.

En la pura y monótona vida de las jóvenes, llega una hora en que el sol ilumina su alma con sus rayos, en que la flor les expresa pensamientos, en que las palpitaciones del corazón comunican al cerebro su ardiente fecundidad y originan las ideas de un vago deseo; ¡día de inocente melancolía y de suaves goces! Cuando los niños empiezan á ver sonrien; cuando una joven entrevé el sentimiento en la naturaleza, sonríe como sonreía cuando niña. Si la luz es el primer amor de la vida, ¿no es el amor la primera luz del corazón? Para Eugenia había llegado el momento de ver claro las cosas de aquí abajo. Madrugadora como todas las jóvenes provincianas, se levantó muy temprano, hizo sus oraciones y empezó su tocado, ocupación que, en lo sucesivo, iba á tener para ella algún objeto. En primer lugar, peinó sus cabellos castaños, tejió cuidadosamente sus trenzas enrollándolas encima de su cabeza, é introdujo en su peinado una simetría que realzó el tímido candor de su rostro, armonizando la sencillez de los accesorios con la sencillez de sus facciones. Al lavarse varias veces las manos en el agua pura que endurecía y amaratava su piel, la joven miróse sus redondos y hermosos brazos, y se preguntó cómo hacía su primo para tener las manos tan blancas y las uñas tan rosáceas. Eugenia se puso medias nuevas y sus zapatos más bonitos, y, deseando por

la primera vez en su vida parecer hermosa, conoció la dicha de tener un vestido nuevo, bien hecho y que la favoreciese. Cuando su tocado hubo terminado, oyó sonar el reloj de la parroquia y se asombró de que no fuesen más que las siete. El deseo de tener todo el tiempo necesario para vestirse bien le había hecho levantarse demasiado temprano, y como ignorase el arte de manejar diez veces un rizo y de estudiar sus múltiples efectos, Eugenia se cruzó sencillamente de brazos, se sentó á la ventana y contempló el patio, el estrecho jardín y las elevadas terrazas que lo dominaban; paisaje melancólico y limitado, pero que no carecía de las misteriosas bellezas propias de los lugares solitarios ó de la naturaleza inculta. Al lado de la cocina había un pozo rodeado de un brocal con puela sostenida por un brazo de hierro encorvado, al que rodeaba una parrá de pámpanos marchitos á causa de la estación. De allí, el tortuoso sarmiento ganaba la pared y, adhiriéndose á ella, corría á lo largo de la casa é iba á parar á una leñera, donde la leña estaba arreglada con tanta simetría como pueden estarlo los libros de un bibliófilo. El suelo del patio ofrecía esos tintes negruzcos que producen con el tiempo los musgos y las hierbas por falta de movimiento. Los espesos muros mostraban su camisa verde, ondeada por largas líneas oscuras. Finalmente, los ocho escalones que había en el fondo del patio y que conducían á la puerta del jardín estaban desunidos y sepultados bajo elevadas plantas, como la tumba de un caballero enterrado por su viuda en tiempo de las cruzadas. Encima de un asiento de piedras en hilera

se levantaba una reja de madera podrida, que se caía ya de vieja, pero á la cual se adherían á su gusto multitud de plantas trepadoras. Por ambos lados de la puerta asomaban las tortuosas ramas de dos manzanos achaparrados. Tres paseos paralelos, enarenados y separados por cuadros cuyas tierras estaban circundadas por un cerco de madera, componían este jardín. En un extremo había frambuesos, y en el otro un inmenso nogal que llegaba con sus ramas hasta el despacho del tonelero. Un día puro y el hermoso sol del otoño, propios de las orillas del Loira, empezaba á disipar la bruma impresa por la noche á los objetos pintorescos, á los muros y á las plantas que llenaban aquel jardín y aquel patio. Eugenia encontró encantos completamente nuevos contemplando aquellas cosas que tan ordinarias le parecían antes. Mil pensamientos confusos nacían en su alma, y crecían á medida que iba creciendo el poder de los rayos del sol. Por fin, sintió ese vago é inexplicable placer que envuelve al ser moral como una nube envuelve al ser físico. Sus reflexiones estaban de acuerdo con los detalles de este singular paisaje, y las armonías de su corazón se aliaron con las armonías de la naturaleza. Cuando el sol dió de lleno en el muro, de donde brotaban hermosas plantas de hojas espesas y de colores matizados como la pechuga de las palomas, celestiales rayos de esperanza iluminaron el porvenir de Eugenia, la cual se complació en lo sucesivo en contemplar aquel muro, sus pálidas flores, sus campanillas azules y sus secas hierbas, á las cuales se unió un recuerdo gracioso como los de la

infancia. El ruido que cada hoja producía en aquel sonoro patio al desprenderse de su rama daba una respuesta á las santas interrogaciones de la joven, que hubiera permanecido allí todo el día sin apercibirse de que las horas corrían. Después, empezó á sentir los tumultuosos impulsos del alma, y levantándose varias veces, se puso ante el espejo y contempló allí su rostro como el autor que contempla de buena fe su obra para criticarla y decirse injurias á sí propio.

«Yo no soy bastante hermosa para él». Tal era el pensamiento de Eugenia, pensamiento humilde y fértil en sentimientos. La pobre joven no se hacía justicia; pero la modestia, ó mejor dicho, el temor, es una de las primeras virtudes del amor. Eugenia pertenecía á ese tipo de niñas fuertemente constituidas, como lo son la generalidad de la clase media, y cuya belleza parece vulgar; pero si no se parecía á la Venus de Milo, sus formas estaban ennoblecidas por esa suavidad del sentimiento cristiano que purifica á la mujer y le comunica una distinción que desconocían los escultores antiguos. Eugenia tenía una cabeza enorme, la frente masculina, pero delicada, del Júpiter de Fidias, y ojos grises á los que su casta vida imprimía un radiante brillo. Las facciones de su cara redonda, fresca y rosácea en otro tiempo, habían sido alteradas por la viruela, que se mostró lo bastante clemente para no dejar sus marcas, pero que había destruido la lozanía de la piel, que era, sin embargo, bastante fina aun para que el beso de su madre se percibiese mediante una ligera marca roja. Su nariz era poco fina, pero estaba en armonía con una boca de un color rojo minio,

cuyos labios, con mil rayas, estaban llenos de amor y de bondad. Su cuello tenía una perfecta redondez. Su talle y pecho, bombeado y cuidadosamente velado, atraía las miradas y hacía sonar; carecía sin duda de gracia á causa de la falta de artificio en el vestir; pero, para los conoedores, la falta de flexibilidad de aquel elevado talle debía ser un encanto. Eugenia, alta y robusta, no tenía nada de lo bonito que agrada á la generalidad; pero era hermosa con esa belleza tan fácil de reconocer y que enamora únicamente á los artistas. El pintor que busca aquí abajo un tipo de la celestial pureza de María, y que exige á toda la naturaleza femenina esos ojos modestamente altivos adivinados por Rafael, y esas líneas vírgenes debidas, las más de las veces, á la casualidad de la concepción, pero que sólo se pueden adquirir y conservar mediante una vida cristiana y púdica; ese pintor, enamorado de tan raro modelo, hubiera encontrado de pronto en el rostro de Eugenia la pureza innata que se ignora, hubiese visto en su frente tranquila un mundo de amor, y en las pupilas de sus ojos y en los pliegues de sus párpados, ese no sé qué divino. Sus facciones y los contornos de su cabeza, que no habían sido alterados nunca por el placer, se parecían á las líneas del horizonte que tan suavemente se destacan al otro lado de los lagos tranquilos. Aquella fisonomía tranquila y llena de colorido y de luz como una flor que acaba de brotar, extasiaba el alma, comunicaba el encanto de la conciencia que se reflejaba en ella y exigía una mirada. Eugenia estaba aún en la época de la vida en que florecen las ilusiones infantiles y

en que se cogen las margaritas con una delicia que sólo más tarde se conoce; así que se decía mirándose al espejo, sin saber aún lo que era amor: «Soy demasiado fea, no hará caso de mí».

Después abrió la puerta de su cuarto que daba á la escalera, y asomó la cabeza para oír los ruidos de la casa.

—Aun no se levanta, pensó al oír la tos matutina de Nanón y el ruido que la buena muchacha hacía yendo y viniendo, barriendo la sala, encendiendo el fuego, atando el perro y hablando con el ganado en la cuadra.

Inmediatamente, Eugenia bajó y corrió al lado de Nanón, que ordeñaba la vaca, para decirle:

—Nanón, mi buena Nanón, haz crema para el café de mi primo.

—Pero, señorita, para hacer crema hoy, sería preciso tener leche de ayer, dijo Nanón soltando una carcajada. Hoy ya no es posible hacerla. Su primo es lindo, lindo, lindo de veras. Usted no le vió ayer en su cuarto con una bata de seda y oro. Yo sí que le he visto. Trae ropa tan fina como la sobrepelliz del señor cura.

—Pues entonces, haznos torta, Nanón.

—Y ¿quién me dará leña para el horno, harina y manteca? dijo Nanón que, en su calidad de primer ministro de Grandet, tenía á veces una importancia enorme á los ojos de Eugenia y de su madre. ¿He de robar al señor para festejar á su primo? Pídale usted manteca, harina y leña á su padre, que acaso se la dé. Mire usted, ya baja para darme las provisiones...

Eugenia se escapó asustada al jardín al oír temblar la escalera bajo el peso de su padre.

pues experimentaba ya los efectos de ese profundo pudor y de esa conciencia propia de nuestra dicha, que nos hace creer, no sin razón tal vez, que nuestros pensamientos están grabados en nuestra frente y que saltan á los ojos de todo el mundo. Al apercibirse al fin de la fría desnudez de la casa paterna, la pobre joven sentía una especie de despecho al ver que no podía ponerla en armonía con la elegancia de su primo, y sintió un vivo deseo de hacer algo por él: ¿qué? ella misma no lo sabía. Sencilla y sincera, Eugenia se dejaba llevar de su naturaleza angelical, sin desconfiar de sus impresiones ni de sus sentimientos. La sola presencia de su primo había despertado en ella las inclinaciones naturales de la mujer, y éstas debieron desplegar con tanta más fuerza cuanto que, frisando ya en su vigésimotercio año, Eugenia gozaba de la plenitud de su inteligencia y de sus deseos. Por primera vez en su vida, la joven sintió terror al percibir á su padre, vió en él al dueño de su porvenir y se creyó culpable de una falta ocultándole algunos de sus pensamientos. Eugenia se puso á andar con paso precipitado, asombrándose de respirar un aire más puro, de sentir los rayos del sol más vivificantes y de parecer gozar de una vida nueva. Mientras que buscaba alguna disculpa para obtener la torta, entre la gran Nanón y Grandet se originaba una disputa, tan rara entre ellos como las golondrinas en invierno. Armado de sus llaves, el buen hombre había bajado para medir los víveres necesarios para el consumo del día.

—¿Queda pan de ayer? le preguntó á Nanón.

—Ni una miga, señor.